

POR LAS SENDAS DEL MAR

-I-

EL HOMBRE LENTO QUE CORRE

Lo encontré sentado delante de una cerveza en el bar *Sol*. Hacía muchos años que no lo veía, pero incluso de espaldas, cuando entré en el local, me di cuenta de que era alguien conocido por ese gesto familiar con el que se llevaba la jarra helada a los labios sin levantar el codo de la mesa y por la envergadura de su cuerpo que casi se salía por el ventanal que da a la calle San Antonio el Pobre. Lo reconocí inmediatamente: no había cambiado mucho desde que hacía unos quince años coincidíamos siempre en aquellos garitos donde sonaba incesantemente música de jazz. Me marché de la ciudad y no volví a saber de él. Luego vine y ya no andaba por aquí. Se corría el rumor de que se había embarcado y recorría el Mediterráneo y que no volvería jamás porque aquí se había buscado enemigos muy poderosos. En concreto, una noche, desde detrás de la barra del *People* –tal vez fuera el *Triana*, no lo recuerdo bien- Pepe Vereda, que lo mismo ponía las copas en un sitio como en el otro y había sido nuestro compañero de confianzas etílicas en aquellos años, me dijo que se había establecido en Casablanca. Sin embargo, otros me hablaban de que era en algún lugar de Túnez donde pasaba el tiempo que no estaba embarcado. No, no había cambiado mucho a pesar de los años que habían pasado y del traje de lino blanco, como de indiano, que llevaba puesto y que antes ni en sueños se hubiera podido permitir. Más bien estaba igual que siempre: un tipo no muy alto, eso se notaba aunque estuviera sentado y no se levantara ni para saludarme sino que se limitara a llevarse la mano derecha a la frente, como saludando militarmente, y rápidamente, con la misma mano, me golpeará repetidamente el brazo a la altura del hombro

haciendo que me tambaleara. Seguía siendo muy fuerte, los brazos le colgaban de una espalda de casi el mismo ancho de la mesa en la que estaba sentado al lado de ese gran ventanal. Sólo la mar le había dejado su huella ondulada y morena en el rostro, una cara que seguía siendo redonda, de rasgos casi infantiles porque tenía los ojos pequeños y también redondos situados en su mitad y bajo unos párpados con pestañas largas pero escasas y la frente ancha sobre la que caía un flequillo, eso sí, menos poblado que en aquel entonces.

Me senté enfrente de él y también pedí una cerveza que me refrescara del intenso calor que había soportado durante toda la jornada y que sólo se estaba mitigando con la caída de la tarde. Me dijo que ahora formaba parte de la tripulación del *Slowman Runner*, un contenedor de unos cien metros de eslora que acababa de llegar de Trípoli y estaba atracado en el muelle de Santa Lucía, luego supe que también en parte era su dueño. Aquel nombre me hacía evocar todavía más nuestro pasado común, aquellos lejanos años en que recorríamos juntos la ciudad nocturna: *Slowman Runner*, el hombre lento que corre, traduje rápidamente para mí, o el corredor reflexivo, el que piensa mientras corre, igual de libremente traducido. Me hizo recordar la música de Eric Clapton, el *Slowhand*, el que toca con mano lenta. Pensé que el armador del buque había querido asignarle un destino de seguridad a la par que diligencia.

Lento pero seguro, sin prisa pero sin pausa, y toda una gama de mensajes similares que se me vinieron a la cabeza y que sin duda iban destinados igualmente a los posibles consignatarios cuando el buque fue bautizado con aquel nombre. Asimismo le iba de perlas al carácter de mi amigo: un cerebro frío, rápido y calculador embutido en un cuerpo de gigante de lentos y precisos movimientos.

Slowman Runner, el hombre lento que corre, traduje rápidamente para mí, o el corredor reflexivo, el que piensa mientras corre, igual de libremente traducido. Me hizo recordar la música de Eric Clapton, el Slowhand, el que toca con mano lenta

Luis Santos, mi amigo Luichi, confirmó estas impresiones literarias producto de mi fantasiosa e ingenua mente. En su jerga marinera y de forma más prosaica me dijo que desde luego no era el peor en el que había estado embarcado en su ya larga carrera de marino. Todo lo contrario: era un buen barco que zarparía en unos días hacia Bremen y Hamburgo. No recuerdo qué cargamento me dijo que llevaba, pero en cualquier caso supe que me mentía a pesar de nuestra vieja amistad, que se remontaba no sólo a aquellos años atrás en que íbamos a los mismos garitos, sino también a nuestra propia infancia, cuando jugábamos juntos en las calles de nuestro barrio. Le propuse cambiar de sitio y pasar de la cerveza al bourbon. "Por los viejos tiempos", le dije, y fuimos a parar a un local nuevo que hay cerca del puerto cuyo nombre omitiré por razones de seguridad. Mi calenturienta imaginación no cesaba de asignarle fantásticas historias al buque y a la vida de mi amigo en los últimos años. Pero la realidad iba a superar a la ficción. Al tercer o cuarto bourbon incluso acepté un cigarrillo aunque hace años que dejé de fumar: empezó a ganarme la sugestión que desprendían las palabras de aquel hombre en que mi amigo se había convertido, y no estoy hablando sólo metafóricamente. Sólo nos quedaban unas horas que pasar juntos antes de que su barco zarpara. Por debajo de su blanca chaqueta de lino vi asomar la culata de un revólver. La intriga me embargaba y ante mi cara de asombro me dijo que lo llevaba desde aquel tiempo en que tuvo que cambiar su nombre por el de Josef Marlom, que era el que aparecía en su pasaporte chipriota.



LA TABERNA DEL CAPITÁN

Yo ya sabía de donde le venía la adicción –y no estoy exagerando- por el mar y los viajes. Otra de aquellas noches etílicas de hacía casi quince años, en la taberna del *Capitán*, en Cabo Palos, ya me había contado que su abuelo en aquella casa de San Antón que estaba tan cerca de la de los míos, en cuyos aledaños jugábamos de niños, tenía una radio enorme antigua, de esas de galena o de lámparas, termoiónicas añadiría algún experto en estas materias. Luichi, mi amigo Luis Santos, jugaba constantemente con su dial, desplazándolo por todas las ciudades que allí estaban señaladas, imaginando que recorría las calles de Roma, de Lisboa, de París, al mismo tiempo que la aguja de la radio se movía por la pantalla iluminada y que el propio aparato emitía voces en muchos idiomas, lenguas que él imaginaba que era capaz de entender entre los pitidos y los sonidos distorsionados por las muchas interferencias que el aparato recogía cuando se le iba la onda o al desplazar el dial para cambiar de emisora. En la taberna del *Capitán* sonaba la música de John Mayall, de aquel grupo suyo del que también formó parte Eric Clapton, *The Bluesbreakers*, y yo recordaba perfectamente el énfasis que ponía en las palabras cuando me hablaba de su deseo de viajar por todo el mundo. Su sueño parecía haberse cumplido. Había viajado mucho, eso se le notaba hasta en la cara. Yo no había sabido nada de él en años, tan sólo esos rumores que lo situaban en los más recónditos confines del mundo, pero siempre ligado al mar.

Me lo encontré en el bar *Sol*, después de todos esos años de ausencia, pero era como si ayer mismo hubiéramos estado juntos en la taberna del *Capitán*. Bebimos igual que entonces y mis recuerdos de la noche aparecen distorsionados o difuminados por la bruma del alcohol y la alegría de encontrarme con mi viejo amigo. Creí que no lo volvería a ver más porque Luis Santos ya no se llamaba así, ni oficialmente era español. Él mismo me lo dijo esa noche aunque se mostró muy reticente a darme más detalles. "Es mejor que no sepas nada. Al menos por el momento", me dijo. Y lo dejé subiendo la escalerilla del *Slowman Runner* en el muelle de Santa Lucía con las primeras luces del alba.

Me lo encontré en el bar Sol, después de todos esos años de ausencia, pero era como si ayer mismo hubiéramos estado juntos en la taberna del Capitán

Pensé que zarparía y se iría y que de nuevo no volvería a saber nada de mi amigo. Sin embargo recibí una llamada suya en mi casa. La verdad es que el timbre del teléfono ya me sobresaltó porque no esperaba que nadie lo hiciera y porque su simple sonido, al que jamás terminaré de acostumbrarme, me pone nervioso como si fuera un mal augurio, el presentimiento de que me van a dar una mala noticia. En tono confidencial me dijo que tomara una habitación en el hotel *Peninsular* a su nuevo nombre, Josef Marlom, y que lo esperara allí. Hice lo que me pidió y subí a la habitación ciento setenta y dos. Sin descorrer las cortinas ni encender la luz, como él me había dicho, me senté a esperarle no sin antes servirme una copa de lo primero que encontré en el pequeño frigorífico, ron negro creo que era. Al rato sonaron tres golpes suaves en la puerta. Abrí y era él que entró precipitadamente y lo primero que hizo fue mirar a la calle desplazando levemente una de las cortinas.

Mis ojos ya acostumbrados a la penumbra de la habitación lo vieron sentarse en otro de los butacones. Yo lo imité y me puse en el que estaba enfrente. Luichi empezó a hablar.

-Fue en Casablanca, y no creas que te voy a contar una película –me dijo.

Y siguió hablando el resto de la tarde hasta la caída de la noche. Me contó que solían dejarse caer por un bar de la ciudad antigua que se llamaba *El Pelicano Azul* porque ponían buena música y el dueño, Abdul Assip, les daba el tipo de confianza que tantas veces hemos buscado y encontrado en los *barmen* a lo largo de nuestras vidas. Era un sitio confortable, muy parecido a la taberna del *Capitán*, y añadió que tal vez fuera la nostalgia que nos hace intentar repetir los ambientes donde hemos estado a gusto en lugares alejados. En el local había una pequeña orquesta a la que Luichi a veces acompañaba tocando el saxo en las calurosas noches de Casablanca y un tipo, el dueño, que no tenía nunca prisa por cerrar el garito y siempre estaba dispuesto a escuchar a cualquiera mientras detrás de la barra no interrumpía su labor fregando los vasos de las consumiciones y haciendo los cocktails más exóticos y variados que él había probado en su vida. Tanta amistad llegaron a hacer, siguió diciéndome, que Abdul se asoció con él, le entregó una fuerte cantidad de dinero para armar un barco y que Luichi se encargara de gobernarlo y de contratar las cargas que debía transportar. Ese buque no era otro que el *Slowman Runner*, el lento corredor como yo había traducido. .

Una noche, a la vuelta de uno de aquellos viajes, Abdul le dijo que en la mesa del rincón había unos tipos que habían preguntado por él. Era un libanés, conocido traficante de armas, que iba acompañado por una mujer que llamaba mucho la atención tanto por

su belleza intrínseca como por el hecho de que sus rasgos nortños contrastaran con el tipo sentado a su lado y con el resto de la escasa presencia femenina en el local. Él se llamaba Nasser Alkasser y ella era Irina, la bella Irina Maniker. Sin embargo había alguien más en la mesa. La penumbra del local impedía distinguir sus rasgos.

-III-

TRÁFICOS ILÍCITOS

Luichi, con su vaso de bourbon en la mano, se acercó a la mesa que le había dicho su amigo y socio Abdul Assip, el dueño del *Pelícano Azul*, ese bar de Casablanca donde paraba tras sus viajes en el *Slowman Runner*. Conforme se aproximaba fue percibiendo a través de la penumbra del local que había una tercera persona en la que antes no había reparado. Allí estaban efectivamente el traficante Nasser Alkasser, un tipo medio mulato con cuello de toro, su hermosa acompañante, Irina Maniker, que era como una pertenencia material más de Nasser, que hacía gala y ostentación de ella, la exhibía como si fuera un trofeo y parecía como si la llevase siempre atada con una cadena. Pero había alguien más sentado con ellos. Era un tipo bajo, lo que se notaba porque su cuerpo apenas rebasaba la altura de la mesa por encima de la cual sólo le asomaba prácticamente la cabeza como si fuera un niño prematuramente envejecido o un enano. Sus rasgos eran orientales, llevaba unas gafas pequeñas, finas y de alambre que apenas le cubrían sus ojos achinados. No paraba de hablar y de gesticular con unas manos igual de pequeñas y de sonreír y al hacerlo mostraba un pequeño diente de oro, un colmillo que era como si le sobresaliese de la boca dispuesto para hendirse en el cuello de su víctima. Nasser le hizo callar con un gesto violento cuando Luichi llegó a la mesa. Irina llevaba un vestido de fiesta que le dejaba gran parte de la espalda y los hombros desnudos.

-Siéntese Mr. Santos –dijo Nasser en un precario inglés pronunciado como si en vez de hablar escupiese las palabras-. He oído hablar mucho de usted y tengo algo que proponerle.

Como siempre, en medio de un conflicto, una ingente masa de población civil sumida en la más absoluta miseria y con centenares de víctimas en su haber.

El oriental asintió con otro gesto mecánico de muñeco de guiñol. Irina parecía ajena a todo salvo a la música que sonaba en el local. Debían tener pensado ir a alguna fiesta después, pensó Luichi, porque en otro caso no se explicaba su forma de vestir que llamaba tanto la atención en un sitio como *El Pelicano Azul*: Irina con aquel traje de seda y altos tacones de aguja y el propio Nasser vestido de smoking y con esa pajarita que parecía iba a estrangularle su poderoso cuello de toro.

-No sé qué le han podido contar –respondió finalmente Luichi-. Seguro que han exagerado.

-Yo no soy hombre que se ande por las ramas, así que iré directamente al grano, Mr. Santos –añadió Nasser.

Y le dijo que tenía un cargamento de armas que había que transportar a un país del Cono Sur, pequeño pero muy rico en diamantes, un país sumergido en un conflicto casi eterno entre las fuerzas del dictador en el poder, sostenido por las potencias occidentales, y una guerrilla insurgente en manos de otros lunáticos deseosos de hacerse con el control de esas riquezas naturales. Como siempre, en medio, una ingente masa de población civil sumida en la más absoluta miseria y con centenares de víctimas en su haber. Luichi había tenido ocasión de comprobarlo en alguno de sus viajes e

incluso de conocer al único hombre capaz de sacar a ese país de su lamentable situación: El reverendo Jessie Jackerson.

-No me dedico a ese tipo de tráfico –dijo Luichi enérgicamente.

-Ja, ja –repuso el libanés -. Todo el mundo tiene un precio, Mr. Santos. Qué le parecen cinco millones de dólares.

Luichi se tenía que marchar. Algo relacionado con el barco, el *Slowman Runner*, que seguía atracado en Santa Lucía, pero no recuerdo exactamente si era un problema mecánico o un cambio de guardia o la estiba de nuevas mercancías. Apuré su vaso de whisky y me dijo que me volvería a llamar y me seguiría contando, lamentaba la interrupción en su relato. Que necesitaba que estuviera siempre localizado: precisaba de mi ayuda para salir de ese lío tremendo en el que se había metido. Sólo agregó que sin que él se diera cuenta, mientras hablaba con Nasser y con el oriental, Irina había deslizado en el bolsillo de su chaqueta una caja de cerillas en la que había escrito: *Hotel Embasador, 307*. Sólo se dio cuenta más tarde al ir a encender un cigarrillo acodado en la barra con un nuevo vaso de bourbon en la mano y el perfume de Irina aún en su memoria.

-IV-

EL ENCUENTRO MISTERIOSO

Un barco atracado en el muelle de Santa Lucía, el *Slowman Runner*. Un personaje al que hacía años que no veía, mi amigo Luis Santos, Luichi, que ya no se llamaba así sino Josef Marlom como

ponía en su pasaporte chipriota, un documento que guardaba celosamente en el bolsillo interior de su chaqueta al lado de un revólver. Una historia que me estaba contando a retazos citándome cada vez en un lugar distinto de la ciudad. Primero nos encontramos en el bar *Sol*, luego me hizo reservarle una habitación en el hotel *Peninsular* y ahora estábamos en una mesa en el rincón más apartado sobre el suelo ajedrezado del café de *Puerto Rico*. Quería que le ayudara pero yo no sabía aún ni el porqué ni en qué podría consistir mi colaboración. De momento había en juego un cargamento de armas, dos siniestros personajes, el traficante Nasser Alkasser y un oriental desconocido, así como la bella acompañante del primero, Irina Maniker, que había deslizado en el bolsillo de la chaqueta de mi amigo una caja de cerillas con el nombre de un hotel de la ciudad de Casablanca.

Ella había abandonado aquella vida cómoda para viajar por todo el mundo quizás en busca de sus raíces perdidas en la vieja Europa

-Debes aceptar el trabajo –me contó Luichi que le dijo Irina en aquella habitación de hotel a la que se dirigió cuando Abdul Assip, su socio y amigo, cerró por fin aquella noche el *Pelícano Azul*, su bar de Casablanca -. Tú no te has dado cuenta pero él –dijo refiriéndose a Nasser- ha vigilado todos tus movimientos, y tiene hombres dispuestos a todo que están a las órdenes de Chan, ese siniestro oriental que estaba sentado a su lado en el *Pelícano*. Ahora mismo no tiene a nadie más que le pueda hacer ese trabajo. Hay mucho dinero en juego que no van a dejar escapar.

Y yo sé que mi amigo la miraría como ella lo había estado mirando muchas veces desde la penumbra del *Pelícano Azul*, a través del humo de los cigarrillos turcos que Nasser fumaba sin cesar, sentada a su lado y unida a él como por una cadena sin un solo eslabón de quiebra, como una más de sus posesiones, quizás la más preciada. Sí, los dos lo habían estado observando durante muchas

noches en aquel bar de Casablanca mientras bebía acodado en la barra o cuando tocaba el saxo con la orquesta. Ella le dijo que su música le hacía escapar de la terrible situación en la que se encontraba y recordar aquellos lejanos años cuando era una niña y vivía en Nueva York con su padre, un prestigioso científico alemán que emigró a los EE.UU. durante la II Guerra Mundial. Pero ella había abandonado aquella vida cómoda para viajar por todo el mundo quizás en busca de sus raíces perdidas en la vieja Europa, como perdida tenía la imagen borrosa de su madre en la memoria, su madre que le habían contado que había muerto en aquella guerra cuando en realidad, ella lo supo después y fue un descubrimiento terrible, no había querido abandonar Alemania ni la vida de artista de cabaret berlinés que había llevado siempre, una vida de espectáculo y alcohol. Irina había decidido volver y buscarla donde quiera y como quiera que se encontrase. Le habían dicho que ya no estaba siempre en Berlín sino que se desplazaba por casi todo el continente, aunque ni siquiera era seguro que estuviese viva. En los ambientes turbios en los que se movió encontró a Nasser. Fue una noche en Amsterdam y él le prometió que le ayudaría. Pero lo único que hizo fue quitarle el pasaporte y la libertad y llevarla con él a África como si la hubiera comprado en un antiguo mercado de esclavos.

Nasser se había marchado aquella misma noche para concertar la operación que quería que materializase Luichi y ella había burlado la vigilancia a que era sometida, aunque los hombres de Chan no tardarían en darse cuenta de su ausencia. Tan sólo unas horas robadas a su encierro. Mi amigo la vería vestirse con aquel traje de fiesta que llevaba cuando estaba con Nasser y el oriental llamado Chan en el *Pelícano Azul*, y vería la delgada línea que formaría luz eléctrica bajo la puerta del cuarto de baño mientras ella, enfrente del espejo desportillado de su pared de azulejos, se pondría el maquillaje

que borrara los restos de la pasión y la sombra del insomnio, y por fin la oíría salir sigilosamente de la habitación creyéndole dormido.

Mientras terminábamos el café en el *Puerto Rico*, Luichi me contó que aquel mismo día le dijo a Nasser que él llevaría el cargamento y que los encuentros con Irina se sucedieron varias veces más hasta que aquél se presentó una noche en el *Pelícano Azul* para decirle que todo estaba dispuesto para que se hiciera cargo de la mercancía y zarpase con ella rumbo al sur de África.

-V-

DE ÁFICA A LA ETERNIDAD

Mi amigo, antes llamado Luis Santos, Luichi para los de la panda, ya tenía en su poder la mitad del dinero pactado, dos millones y medio de dólares en billetes usados que el desalmado traficante Nasser Alkasser le entregó en un maletín de desgastado cuero negro al borde mismo de la escalerilla del buque. El siniestro cargamento, que incluía algunos misiles contra carro y otras armas de similar carga mortífera, ya estaba estibado en la bodega del *Slowman Runner*: los hombres de Nasser dirigidos por su sicario Chan se habían encargado de hacerlo durante la noche. Él subió al buque y le dedicó una sonrisa entre cínica y de burla, un gesto muy suyo, al traficante. O tal vez fuera al amanecer sobre Casablanca, un espectáculo que Luichi ya sabía que no volvería a contemplar.

La navegación discurrió sin incidencias, me contó en otro de nuestros nuevos encuentros sigilosos en la habitación del hotel *Peninsular*, ese albergue de la calle Cuatro Santos que él había elegido como refugio discreto mientras estuviera en Mandarache. Me llamaba y yo acudía a las citas en esa habitación y en otros lugares de la ciudad tomando la precaución de fijarme en si alguien me seguía, dando rodeos por calles estrechas y perdidas en el entramado de la ciudad, todo según él me decía. En varios días de navegación arribaron a Port-Salam, el principal puerto de ese país del Cuerno de África que era su destino. Las instrucciones de Nasser eran que debía ponerse en contacto con un agente de la guerrilla en un garito de mala muerte de los arrabales de la ciudad. Ellos le darían a mi amigo el resto del dinero prometido por el siniestro traficante. Pero Luichi, él mismo me lo dijo así y yo pude adivinar su gesto de resignación, del que ya se conoce de sobra a sí mismo, en la penumbra de la habitación del hotel *Peninsular*, siempre había sido un idealista que se dejaba enternecer, a pesar de su aspecto de hombre duro, por las utopías. Quizás a todos los de aquella pandilla de amigos nos haya pasado un poco lo mismo y por eso no nos haya ido muy bien en la vida. En su lugar Luichi entró en contacto con el grupo del reverendo Jackerson, que era el

Les entregó las armas a cambio de nada: sólo la vana promesa de que se mantendrían fieles a sus ideales y una nueva identidad, Josef Marlom,

supuesto líder de la mayoría oprimida del país. Les entregó las armas a cambio de nada: sólo la vana promesa de que se mantendrían fieles a sus ideales y una nueva identidad, Josef Marlom, un ciudadano chipriota que había muerto en un tiroteo en las calles de Port-Salam y cuyos documentos habían sido recogidos y fueron convenientemente manipulados por los hombres del reverendo. Pero éstos también le decepcionaron. Me contó, con cierta amargura, que recibieron más cargamentos de armas y se hicieron con el control del país, pero una vez en el poder organización una represión tan cruel como la del

dictador al que derrocaron. Y que también siguieron los enfrentamientos con aquella guerrilla a la que en principio iban destinadas las armas que él había transportado. Nuevamente los intereses de las grandes compañías mineras, que explotaban los ricos yacimientos de diamantes del país, estaban detrás. Él tuvo que huir apresuradamente de allí. Pero mientras estuvo en aquel país recibió varias cartas de Irina. Había escapado de las garras de Nasser y debía encontrarse en algún lugar de España que no revelaba por temor a ser descubierta por aquél. Las cartas le habían sido enviadas a mi amigo a través de Abdul Assip, su socio y dueño del *Pelícano Azul*, ese bar de Casablanca donde había comenzado esta historia. Pero ninguno de los dos podía volver allí: Nasser los mataría. A ella por abandonarlo y a Luichi por la traición de no entregar las armas a sus clientes.

Y aquí estaba ahora mi amigo, que antes se llamaba Luis Santos y ahora era Josef Marlom, contándome todo esto y pidiéndome ayuda porque creía que Irina Maniker estaba en la ciudad y porque tenía la certidumbre de que el siniestro y despechado Nasser y sus hombres le pisaban los talones. La pista de un barco no es difícil de seguir por ancho y grande que sea el mar. Y la de hombre tampoco aunque haya cambiado su identidad. Ellos ya se habrían dado cuenta, en la primera escala que hiciera el buque, de que él ya no viajaba a bordo del *Slowman Runner* cuando zarpó del puerto de Mandarache con destino a Hamburgo.

MUERTE EN LOS RAÍLES

El *Slowman Runner* había zarpado hacía ya unos días del puerto. En él vino mi amigo Luis Santos, antes conocido por Luichi y ahora llamado Josef Marlom: ni su nombre ni él eran ya los mismos desde que se enamoró en Casablanca de Irina Maniker y desde que traicionó el encargo que le hiciera el siniestro traficante de armas Nasser Alkasser, que había jurado vengarse por ese doble engaño de su antigua compañera y de mi desesperado amigo que la estaba buscando por medio mundo hasta que pensó que tal vez estuviera aquí porque en sus ambiguas cartas, remitidas a Casablanca a su amigo y socio Abdul Assip, que se las hacía llegar a Luichi adonde quiera que éste estuviese, le hablaba de su deseo de conocer los orígenes de él, la ciudad de la que mi amigo le hablaba con nostalgia las noches que pasaron juntos, escapando de la vigilancia de Nasser y de sus sicarios, en Casablanca.

Él esperaba encontrarse con su silueta delgada y su pelo rubio cortado a media melena, caída sobre los hombros desnudos como la viera aquella primera noche en Casablanca en el bar de Abdul, con sus ojos azules, con su mirada dulce y perdida, como ausente de este mundo, entre las miradas de las gentes que llegan y salen de la ciudad acarreando pesados o tal vez el muy liviano equipaje de su sola existencia que cobra sentido, él lo sabía ahora después de haber viajado en soledad por casi todo el mundo,

sólo si hay alguien esperándote al final del trayecto o si eres tú el que espera, tal vez fumando impacientemente un cigarrillo, la llegada de otra persona. A veces me telefoneaba desde una cabina en la

Esperaba encontrarse con su silueta delgada y su pelo rubio cortado a media melena, caída sobre los hombros desnudos como la viera aquella primera noche en Casablanca

estación de autobuses o desde la del ferrocarril donde espiaba durante horas la llegada de los viajeros. Y me preguntaba si por mis contactos de pobre abogado del turno de oficio (a mí es lo que más me gusta de la profesión) había podido enterarme del registro de algún nuevo extranjero en la Comisaría de la ciudad, alguna persona que respondiera a las características que tantas veces me había repetido de Irina de manera que era como si ya la conociera de toda la vida aunque no la hubiera visto jamás. Pero pasaban los días y no había novedad que le pudiera referir, y entonces oía su respirar resignado a través del teléfono y luego los pitidos intermitentes en la línea cuando él colgaba y yo me quedaba con el auricular pegado a la oreja pensando unos instantes en cómo podría ayudar a mi amigo antes de depositar el aparato en la horquilla del teléfono de mi despacho.

Hace varias noches, luego lo supe, cuando era ya muy tarde y no había casi nadie más en la estación de ferrocarriles, Luichi entró en los aseos que hay a la izquierda de los andenes según se entra en la estación. Ya desde ese momento tuvo la certeza de que alguien le seguía. Salió de allí y anduvo un trecho por el andén con aquella sombra remotamente familiar detrás suya. ¿No has tenido nunca la impresión de que no estás solo aunque no haya nadie más? Había un tren que comenzaba su marcha atendiendo la orden del silbato y la bandera del jefe de estación. Se subió a él en marcha. Ni siquiera sabía adónde iba pues no había prestado atención a la voz gangosa de mujer que desde los altavoces había anunciado la salida de no sabía que expreso. Se sentó en un vagón totalmente vacío de viajeros. Se creía ya a salvo cuando, como una intuición, casi antes de que se produjera ese sonido, oyó la abrirse la puerta del vagón y entrar como un golpe el traqueteo del tren sobre las traviesas y el respirar denso y fatigado de alguien. Esa intuición del peligro le hizo levantarse como un resorte del asiento y correr hacia el extremo del

vagón. Pero aquel hombre de cuello de toro le seguía y él podía sentir su aliento jadeante en la nuca. Siguió corriendo. El tren iba vacío y cada vez más rápido igual que su perseguidor. Pero él ya no podía seguir corriendo porque había llegado a la locomotora, a ese espacio donde están los enganches de los vagones. Sólo le quedaba esperar una muerte segura empuñando un revólver inútil cargado con balas de fogeo. Nasser llegó donde estaba. Forcejearon en la oscuridad y se oyó un disparo. El tren iba cada vez más rápido y tomaba una curva cerrada. El gigante de cuello de toro perdió el equilibrio y cayó a las vías poco antes de llegar a Capital. Alguien encontraría su cuerpo al amanecer. Pero ningún periódico daría cuenta del suceso. No se puede dar la noticia de la muerte de un hombre cuya existencia era un secreto para el resto del mundo.

-VII-

LA CARTA DE DESPEDIDA

No había pasado ni un mes desde que me encontrara a Luis Santos, que ahora era Josef Marlom, tomando una cerveza en el Bar Sol como si no hubieran pasado los años. A él le trajo la nostalgia y la

remota posibilidad de encontrar aquí a una mujer que había conocido en Casablanca cuando ella, llamada Irina Maniker, acompañaba al siniestro traficante Nasser Alkasser. Su barco, el *Slowman Runner*, había servido para transportar un cargamento de armas a un pequeño país del sur de África. Pero Luis, Luichi para los amigos, no había entregado el cargamento a quien le habían encargado, burlando a Nasser. Las armas nunca arreglan nada, me dijo amargamente en la habitación del Hotel *Peninsular*, donde me citaba clandestinamente para relatarme esta historia. Y agregó que los que él creía que iban a liberar aquel país, luego de hacerse con el poder, se habían vuelto igual de despiadados que el tirano derrocado.

Recibí una carta sin remite pero que debía venir de alguna parte al otro lado de la frontera. La firmaba Luichi y me escribía para contarme la muerte accidental de Nasser al caer a las vías mientras forcejeaban en aquel expreso al que subió en marcha en la estación de Mandarache intentando escapar de su perseguidor. Antes de caer Nasser disparó su revólver y la bala alcanzó a mi amigo en el hombro. Nada serio: pudo recuperarse de la herida en apenas unos días. Me escribía también para decirme que su presencia en la ciudad ya no tenía sentido: había perdido la esperanza de encontrar a Irina, aunque tal vez siguiera buscándola. Después de salvar la vida de milagro, consiguió llegar a Alicante, y allí volvió a embarcarse en un carguero que recalaría en Calais. Me pedía que recogiera sus cosas del *Peninsular* y se las enviase cuando pudiera a una dirección de Marsella "de un buen amigo como tú", decía, "al que algún día volveré a ver, como a ti." Pero ni él mismo sabía cuál era su destino ni cuándo podría recuperar sus pertenencias: algunos útiles de afeitar y aseo personal; la chaqueta de lino blanco, partituras de saxo y algunas biografías de personajes históricos y los *Momentos estelares de la Humanidad* de Stefan Zweig. También había unos cedés con

algunas piezas clásicas y otros de los músicos que siempre nos gustaron (recuerdo que la primera vez que me habló del *Slowman Runner* yo enseguida lo asocié con Eric Clapton, a quien llaman el *Slowhand*).

Mientras recogía sus cosas me senté a echar un último vistazo a la habitación. Y como si ya hubiera conocido de antemano el final de la historia que mi amigo no había terminado de contarme, sonaron unos golpes en la puerta y yo dije "pase" porque sabía que era ella, Irina Maniker, la que tendría que venir. "¿Dónde está?", me preguntó. "Has llegado muy tarde", le contesté. Y le entregué la carta que Luichi me había escrito. Se marchó tan fugazmente como había aparecido, dejando tras de sí la estela invisible de quien no pertenece a este mundo, sino al de la imaginación y los sueños.

Aniceto Valverde Conesa

Relato publicado por entregas en el Diario La Opinión, agosto-septiembre de 2001.

*Se marchó tan fugazmente
como había aparecido,
dejando tras de sí la estela
invisible de quien no
pertenece a este mundo,
sino al de la imaginación y
los sueños.*
